

## **Conflictos y filiaciones en la ensayística de Ezequiel Martínez Estrada**

*Adriana Lamoso*

Una de las reacciones que se suscitó en el país a partir del golpe de septiembre de 1955 fue la profusa expresión de los agentes culturales, en términos antagónicos y virulentos. La desestabilización en el plano político, luego de la preeminencia de una figura tan peculiar y significativa para el escenario nacional, como fue la de Perón, abrió el cauce que posibilitó la afluencia de un amplio campo de debates, en el que intelectuales de diverso cuño ideológico interpusieron encendidos discursos, donde evaluaron reiteradas veces el rol de la inteligencia ante la emergencia de los singulares fenómenos sociales.

Una reiterada presencia se percibe como pivote en el que confluyen los cuestionamientos de una no escasa proporción de la intelectualidad local. El ensayista Ezequiel Martínez Estrada constituye el blanco de ataque de una vasta literatura doxológica, que reúne análisis provenientes de heterogéneos campos del saber. La enmarañada trama discursiva de los escritos remite a configuraciones de los sujetos y sus prácticas en vinculación con su inserción compleja y variable en el campo cultural argentino y, refractariamente, en la esfera pública.

En este trabajo, se operará una reconstrucción de la discusión desde la perspectiva del ensayista, en el marco de escritos singulares que se interconectan. Si bien el núcleo de las polémicas se asienta en *¿Qué es esto? Catilinaria* (1956) del mencionado autor, tanto las premisas esenciales de su pensamiento, como la caracterización que construye de los oponentes se reiteran en sus escritos de interpretación nacional. Nos detendremos en el ensayo *Cuadrante del Pampero* (1956), concebido en forma simultánea aunque publicado meses antes de la obra precedente, en diálogo con *Análisis Funcional de la Cultura* (1960), pertenecientes a la etapa posperonista en nuestro país. Se pondrán de relieve las relaciones conflictivas y las filiaciones entre los intelectuales del país, signadas por la coyuntura política e ideológica que determina las fracturas y las alienaciones entre los representantes de la cultura nacional, desde la visión particular de Ezequiel Martínez Estrada.

### **Tradición e ideología**

El ensayista se caracteriza y se distingue de sus adversarios por la insistente y ferviente legitimación de sus propios presupuestos, mediante un

discurso que apela a la benevolencia de quienes comparten su misma matriz ideológica. Inscribe deliberadamente a sus 'camaradas' en la corriente liberal, en la que él mismo se inserta; de este modo reafirma y consolida a sus seguidores en la tradición que los identifica. Mediante la enumeración de los nombres más conspicuos que formaron parte de ella, remonta la historia nacional para resaltar las hazañas del pasado y destacar sus más grandes virtudes. Esta estrategia pone de relieve las pugnas que se suscitaron por obtener y ocupar la supremacía en el campo cultural nacional, al mismo tiempo que evidencia el incisivo debate ideológico que se produjo, a partir del cual se disputó tanto la verdad como la historia auténtica que nos/lo singulariza. Carlos Altamirano confirma que la validación del pasado, en tanto instrumento necesario y eficaz para la evaluación del presente, constituyó una práctica frecuente entre los intelectuales de la época: "...la representación legítima del pasado -para hacer ver y hacer valer hechos, períodos y héroes, de la acción o del pensamiento- se volvió un objeto privilegiado de la lucha por la definición legítima del presente nacional." (Altamirano, 2001: 29).

Una forma de combatir a los intelectuales opositivos consiste en reforzar sus propias interpretaciones, mediante argumentos en constante expansión, en los que se destaca la recurrencia a nombres que se reiteran en la certificación de su pensamiento, y en los que pervive reiteradamente el enjuiciamiento al rol de la intelectualidad, caracterizado por singularizar la identidad de quienes quedan al margen de tal refutación. Como advierte a través de numerosas páginas publicadas en ensayos diversos, los hombres que engrandecieron a la patria con sus valores prominentes, con el orden, el progreso, la libertad, la inteligencia, la libertad, es decir, con la verdad que también corresponde mancomunadamente a Martínez Estrada son: "Mariano Moreno, Bernardino Rivadavia, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento y, al fin, Nicolás Avellaneda (...)." (Martínez Estrada, 1956<sup>a</sup>: 77) Generación con la que señala su pertenencia en estos términos: "...somos los herederos legítimos de una gran fortuna espiritual malversada por tutores de la línea bastarda, sometidos a la afrenta de pedir los remanentes de la herencia, somos nosotros sus hijos verdaderos." (Martínez Estrada, 1956<sup>a</sup>: 78) Con esta expresión, reafirma su inscripción en la tradición liberal y afianza la identificación de sus camaradas con tal tendencia, especialmente a partir de la insistente enumeración de sus virtudes.

Martínez Estrada condena constantemente a sus opositores, mediante procedimientos reconocibles, que se reiteran en sus escritos. Como mencionamos, un recurso distintivo para tal fin consiste en ensalzar las grandezas de los que comparten, en el transcurso de la historia del país, sus mismos valores, certificados por las valoraciones en las que él mismo los

inscribe a lo largo de su producción global. Por contraposición, quienes conforman la amplia franja de sus detractores encarnarán los rasgos inversos. Paradójicamente, el ensayista atribuye a los cambios en los destinos de estas tierras causas ajenas a la voluntad del hombre. El concepto, ampliamente desarrollado por él en ensayos previos, de 'invariantes históricos' reaparece bajo la configuración de fuerzas geográficas y étnicas que imprimen indefectiblemente la barbarie en los habitantes argentinos y, en particular, en los intelectuales, aunque, curiosamente, al explicar los desaciertos de la *intelligentsia* nacional, hace recaer la acción de estas estructuras, fuertemente condicionantes, únicamente sobre quienes que no comparten su matriz ideológica. La representación de los adversarios se realiza mediante una caracterización que evita en todos los casos la nominalización, y que, tras la totalidad indistinta que los engloba, hace desaparecer los caracteres humanos para transformarlos en instintivos y amenazantes entes bárbaros que, como tales, acechan y flagelan a los verdaderos intérpretes de la realidad nacional. Martínez Estrada, exento de la influencia determinante de la naturaleza, desentraña esos mecanismos y los vuelve inteligibles. Expresa en estos términos tal polaridad:

Hay en los campos y en las selvas, a la noche, batracios silenciosos y bien disimulados en la profusión de aspectos de la naturaleza, que devoran luciérnagas como alimento preferido, y ello con casi inocente mecánica de monstruos dantescos, fijos y eternos testigos de los comienzos y asistentes de las agonías del mundo; y hay también flores mortíferas y aguas quietas envenenadas. Descubro con nitidez el plan de acción de esas deidades anónimas y veo hasta en los rostros inscripto el signo de los mártires (Martínez Estrada, 1956<sup>a</sup>: 77).

La dominación del plano político sobre el cultural y el visible quietismo complaciente de los intelectuales ante las imposiciones propias del despotismo del estado, son considerados por el ensayista como una actitud incuestionable e inadmisibile, que torna factible, en el marco de su argumentación, la delineación de paralelismos entre ambos sectores, sin establecer distinciones que permitan inferir el marco preciso de referencialidad. La condena opera simultáneamente tanto sobre la figura política emblemática que condensa el centro de las controversias, como sobre la *intelligentsia* en su generalidad, al margen de la diversidad de perfiles ideológicos que caracterizó a esta etapa de la política nacional,<sup>1</sup> de la que sólo el ensayista, junto con la tradición que lo identifica, se aparta y diferencia. Este hecho torna ambivalente, en algunos casos, la interpretación de los destinatarios a los que va dirigida su condena.

Una peculiaridad es que en sus ensayos no responde de manera explícita a los intelectuales que lo cuestionan en términos beligerantes. Martínez Estrada persiste en sus tesis básicas, ya impugnadas por numerosos y diversos miembros del campo cultural argentino, en parte motivada por su recalcitrante condena a la *intelligentsia* nacional. Retoma y profundiza las premisas fundamentales de su pensamiento, que pueden visualizarse como un hilo conductor que enhebra las obras diseñadas a partir de 1933<sup>ii</sup>. La referencia al cuerpo de textos que forman parte de la literatura de oposición emerge subrepticamente en sus ensayos, para quedar relegada a un marco de generalidad tal que tiende a diluirse. Los nombres de sus oponentes nunca forman parte de su discurso, pero sí se evidencian los efectos de sus enjuiciamientos en el pensamiento y en la escritura del autor. En *Cuadrante del Pampéro* reafirma las verdades pronunciadas en su ensayo primario, al que ubica en una conexión genealógica con dos obras significativas de la literatura nacional: el *Facundo*, el *Martín Fierro* y *Radiografía de la Pampa* se distinguen por la autenticidad y fidelidad a las raíces de nuestra identidad. De este modo, Martínez Estrada certifica el valor de su análisis de la realidad local, constatada por los acontecimientos que se suscitaron en la política del país, durante las décadas en las que desarrolló su escritura. La réplica a sus adversarios se pone de relieve cuando afirma que quienes han leído sus obras no han sabido comprender el sentido adecuado que ha pronunciado a través de ellas, cuestión que considera una carencia estructural y coyuntural de nuestra *intelligentsia*, tan sustancial como irremediable.

El conocimiento por parte del ensayista de las críticas a las que se vio sometido su discurso interpretativo se torna legible en fragmentos temporal y espacialmente dispersos. Así como lo hace en períodos anteriores, luego de la Revolución Libertadora da cuenta de manera solapada de la existencia de un ambiente adverso para su desempeño, en tanto intelectual que comprende y conoce las verdades ocultas que debe revelar<sup>iii</sup>. Las lecturas de los efervescentes cuestionamientos a su obra se perfilan en la enunciación de las acusaciones que recibió y que recuerda con claridad: "... ya estoy cansado de hacer el papel de chivo emisario, como un antipatriota, un testigo desagradable de la borrachera general porque no bebe, un puritano incomprensivo y calvinista como también se me ha llamado." (Martínez Estrada, Ezequiel, 1956a: 111). Junto con ello, reprueba a la intelectualidad argentina que intenta negar a "los próceres de nuestra historia", frase que hace referencia a los partidarios del revisionismo historiográfico, y a continuación alude a uno de sus representantes, quizá genéricamente, en tanto "... ignorante e impostor que me ha reprochado su propia miseria, que sería yo incapaz de proponer soluciones a los problemas que planteo." (Martínez Estrada, Ezequiel, 1956a: 113). Las emergencias de

estas disputas traslucen la imagen de un escritor que se inserta en el centro de las polémicas desatadas en un período crucial de la vida cultural y política del país, de la que no permanece ajeno. A pesar de su aparente indiferencia, conoce e internaliza, aunque nunca acepta, las acusaciones de las que fue objeto su pensamiento y su figura.

Un instrumento persuasivo significativo consiste en sostener en sus escritos, de modo acérrimo, un rígido análisis que no ofrece sino resistencia a la retractación. En *Análisis Funcional de la Cultura* retoma su perspectiva con respecto al marxismo. A modo de respuesta sutil, en una inusitada exposición que da cuenta de su dominio del terreno teórico marxista, se aboca a la tarea de trascender el desarrollo de esta teoría, mediante la dilucidación de sus limitaciones y a través de la referencia a las falencias en la interpretación por parte de sus seguidores.

Según Martínez Estrada, el punto neurálgico para la promoción de las clases trabajadoras no se asienta en la libertad económica como ítems primordial y único, sino esencialmente en la conjunción de este condicionante con la libertad intelectual y ética. La injusticia social proviene tanto de las diferencias de clases económicas, como en los grados de cultura y de conciencia del bien y del mal. Como él mismo lo expresa: "Somos injustos porque somos ignorantes y malvados, y ésta no es cuestión económica, como Marx lo sabía perfectamente bien y sus prosélitos lo olvidan" (Martínez Estrada, 1992: 82). En palabras como estas destellan curiosas resonancias de las impugnaciones a las que fue sometido su discurso en el marco de la trama belicosa de numerosos representantes de la cultura nacional.

### **Intelectuales y política nacional**

Si atendemos al aspecto político, notamos cómo el descontento del escritor con el gobierno peronista acabó por generar el mismo sentimiento con respecto al gobierno que se hizo cargo del poder, a partir de 1955. Aunque cambiaban los nombres, Martínez Estrada percibía una continuidad en la línea de acción, que se venía desarrollando sucesivamente durante algunas décadas y que él mismo experimentaba. Junto con la impugnación de los regímenes totalitarios, el ensayista condena a la *intelligentsia* que apoya y es funcional con esa posición político – ideológica. Estos agentes son los responsables de la ignorancia, del sometimiento y de la precipitación del país en el mal irreparable. Su imprecación a los representantes de la cultura y de la política nacional se realiza en estos términos:

¿Ésa es la intelectualidad argentina, la de los sanos patriotas, que esperaba la caída del bandido para salvar al pueblo y castigar a los

criminales de lesa patria? Veo que cada vez que a mi pueblo se lo ha sacado de un establo ha sido para meterlo en una pocilga. Es nuestra vieja costumbre de ganaderos la de tratarlo como rebaño [...] Conozco bien a mi tierra y a mi pueblo como para no descubrir a los verdaderos culpables de sus infortunios, disfrazados de redentores. ¿Soy yo hombre de transigir con los enemigos de mi país, sean verdugos o entregadores, estupradores o rufianes, sean sujetos de librea, de uniforme, de toga o de hábito? Yo tiro la piedra y la tiro a pegar y tengo las manos llenas de ellas porque las tengo limpias.

(Martínez Estrada, Ezequiel, 1956 a: 113 - 4).

Se reiteran en los ensayos de interpretación nacional procedimientos semejantes para impugnar al otro (sea en el ámbito político, ideológico o cultural), y para consolidar una imagen ajena a tales desfasajes, a la vez que se define como sabio y certero intérprete de las verdades ocultas que sólo él puede vislumbrar (certificadas por su marcada y evidente erudición que surca la escritura). Su deber moral se asienta en transmitir sus dilucidaciones a las generaciones venideras, y en abrir las mentes dormidas a la realidad circundante.

Las estrategias de escritura que despliega en sus ensayos, en torno a la configuración de su rol de intelectual, opera como un parámetro que le resulta eficaz para construir y legitimar, además, el valor de los entornos culturales en los que el ensayista se inserta, cuando le toca ocupar en ellos un lugar preeminente. Del mismo modo que en sus escritos, en sus discursos pronunciados y publicados como fragmentos que imprimen discontinuidad a la trama ensayística, certifica apenas algunos nombres que marcan un hito significativo en el trayecto cultural, del que el mismo Martínez Estrada forma parte. Como director de la SADE, enaltece la figura de quien dio origen a la institución, con quien comparte el programa fundacional, centrado no sólo en lograr la profesionalización del escritor argentino sino, según la propia visión del ensayista, en preservar la trayectoria de los antepasados (entre quienes únicamente incluye, hasta el hastío, a los representantes de la corriente liberal). En ellos residen valores morales que fueron levantados como bandera por parte de distintos grupos ideológicos, y a partir de los que se centraron las disputas en el escenario de la intelectualidad nacional. Leopoldo Lugones presidió la SADE en el momento inaugural de la asociación, caracterizado por ser una etapa de 'tranquilidad' interna, en la que primó el interés por consolidar su carácter gremial<sup>iv</sup>. Por ello, a pesar de que entre sus integrantes convivían escritores de extracciones ideológicas disidentes, la armonía general se destacó en sus primeros años de existencia, coincidentes con el período en el que Lugones fue su director.

Reconocida es la inserción de este escritor en la línea nacionalista y antiliberal, claramente opuesta a la posición política e ideológica que desde épocas tempranas Martínez Estrada declara como legítima y resalta como la única tradición viable en la reconstrucción del pasado nacional. ¿Qué es, entonces, lo que lleva al ensayista a destacar la imagen del fundador de la SADE, a quien dedica, por otra parte, diversos escritos, publicados como un ensayo<sup>v</sup> años más tarde de su fallecimiento, que retrata sus grandezas y que esboza por partes a lo largo de su trayectoria literaria? No tanto la aparente quietud y la explícita voluntad de Lugones de no permitir las interferencias de los acontecimientos políticos de la época, al sostener el objetivo primario de consolidar a la institución que presidía como una entidad gremial, sino especialmente un sentido reconocimiento de las virtudes que el ensayista conocía en él por su amistad duradera y, esencialmente, por su relación patrimonial y también fundante de su producción poética. En esta remarca el estilo, los procedimientos utilizados, así como la erudición que pone de manifiesto, aspectos con los que su escritura guarda semejanzas estructurales, a pesar de sus ideas divergentes. En *Leopoldo Lugones, retrato sin retocar*, el ensayista destaca la labor del poeta, no del prosista, en estos términos:

Muchas veces se me ocurrió que era imposible que Leopoldo Lugones, el autor de *La guerra gaucha* y de *Los crepúsculos del jardín*, fuera el mismo a quien llegué a tratar con relativa familiaridad. Esto ocurrió hasta que intimé con él habituándome a sus costumbres humanas y terrestres, sin lograr superar por entero mi antiguo temor en que había por partes respeto religioso, admiración literaria y desafección por sus ideas. Considerado todo, las objeciones formaban parte del enigma de su persona [...] Ningún autor ha provocado en mí, por la lectura de sus obras, un efecto de tal modo fascinador. Creo que este fenómeno ha sido común en todos sus lectores y que muchísimos confundieron el mayorazgo espiritual con el liderazgo político. Me parece ahora comprender que si, efectivamente, Lugones poseyó algunos de los numerosos dones sobrenaturales del genio, fue antes que ningún otro el de la fascinación; y que ésta basándose en dos características fundamentales de su personalidad: la fuerza conminatoria de su palabra, oral y escrita, y la riqueza selvática y feérica de su léxico. De donde la palabra readquiría en él las primitivas facultades del logos creador (promotor, porque provocaba la polémica). En él la palabra era tan poderosa que casi alcanzaba a ser persuasiva automáticamente. Y es que nunca podría confundírsele con los que mantenían sus mismas ideas si empleaban otras palabras.” (Martínez Estrada, 1968: 18, 21-2).

Lugones aparece como uno de los nombres que marca un punto de inflexión con respecto a la construcción de la imagen del adversario en la escritura de Martínez Estrada. Aunque explícita su desafección ideológica y, además, su desapego a la narrativa del escritor, a la vez que destaca sólo el uso particular del lenguaje, así como la fuerza persuasiva que sabe imprimirle a su poesía, resalta su figura de modo significativo como lo hiciera en el marco de su producción total, con Sarmiento, con quien, sin embargo, comparte, en su esencia, la matriz de pensamiento. Lugones se personaliza entre la franja de sus opositores políticos, a pesar de que, en sus discursos, el ensayista impugna a los intelectuales ideológicamente disidentes de modo sostenido, a partir de la enunciación de una generalidad indistinta que los reúne, sin atender a particularidades, ni singularizar a sus representantes.

En *Cuadrante del Pampero* personaliza, y con ello certifica las fracturas en el campo cultural nacional, a su antecesor en la dirección de la SADE, Eduardo Mallea. Así como Martínez Estrada no se caracteriza por demarcar la identidad de sus oponentes, tampoco es recurrente en su producción la mención de los nombres de los contemporáneos, con quienes comparte la posición ideológica y las vinculaciones con el clima político de la época. Sin embargo, al asumir en 1942 la presidencia de la SADE, Martínez Estrada distingue al escritor que fijó en la institución su postura contra los sectores nacionalistas y de derecha, a la par que afianzó su defensa de la tradición liberal y ratificó su compromiso con el bando aliado en el conflicto internacional, en oposición al totalitarismo europeo y, por refracción, al gobierno de Castillo. De este modo, la SADE tomó decisiones concretas que mostraron un proceso creciente de politización, en el que el ensayista se involucró activamente, al continuar y acentuar el camino delineado por Mallea, hasta ubicarse con claridad y efectividad en el campo antiperonista<sup>vi</sup> que reunió a este sector particular de la cultura nacional.

Transitar perspectivas que ponen de relieve la disidencia permite vislumbrar el espectro ideológico que determina la fractura en las interpretaciones y figuraciones. Posibilita reconstruir el horizonte de lectura de los intelectuales, y traslucir una línea de disputas no menor que ciñó un período crucial de la historia de la cultura en Argentina.

Hacer visible las confrontaciones polémicas que se suscitaron entre los actores culturales, evidencia el ambiente álgido que caracterizó a una importante etapa de la vida intelectual del país, generado como consecuencia de la significativa incidencia, en los diversos ámbitos de la sociedad local, de la coyuntura política propulsada a partir de la irrupción de regímenes considerados totalitarios. Las crueles disputas imbricadas con contextos ideológicos disímiles complejizaron el escenario nacional, y provocaron importantes

repercusiones que obligaron a la recolocación de vastas franjas del campo cultural en nuestro país. El análisis del discurso de barricada de sus representantes constituye el punto de partida de un camino que es necesario desandar para comprender la compleja diagramación del espacio cultural crítico, en este relevante período de la historia nacional.

## Bibliografía

ALTAMIRANO, Carlos, "Ideologías políticas y debate cívico". Buenos Aires: Torre, Juan Carlos (dir.), *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, T. VIII, cap. IV, Sudamericana, 2002.

----- *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial. 2001.

ANGENOT, Marc, *La parole pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes*. Paris: Payot. 1982.

MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *Análisis Funcional de la Cultura*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. 1992.

----- *Cuadrante del Pampero*. Buenos Aires: Deucalión. 1956a.

----- *Leopoldo Lugones, retrato sin retocar*. Buenos Aires: EMECÉ. 1968.

----- *¿Qué es esto? Catilinaria*. Buenos Aires: Lautaro. 1956b.

NÁLLIM, Jorge, "De los intereses gremiales a la lucha política: la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), 1928-1946". Buenos Aires: *Primas. Revista de Historia Intelectual*, año 7, N° 7, Universidad Nacional de Quilmes, 2003, pp. 117 - 138.

SIGAL, Silvia, "Intelectuales y peronismo". Buenos Aires: Torre, Juan Carlos (dir.), *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, T. VIII, cap. X, Sudamericana, 2002.

----- *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores. 2002.

SVAMPA, Maristella, *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*. Buenos Aires: El Cielo Por Asalto. 1994.

TERÁN, Oscar, "La tradición liberal". Buenos Aires: *Punto de Vista*, año XVII, N° 50, 1994, pp. 28 - 31.

<sup>1</sup> Silvia Sigal traza un perfil de la diversidad ideológica de los intelectuales durante la época peronista y afirma que "... si la intelectualidad antiperonista era ideológicamente heterogénea, el grupo de intelectuales peronistas no lo fue menos aunque compartían, sí, una muy escasa adhesión a las instituciones democráticas." Sigal, Silvia, "Intelectuales y peronismo". Buenos Aires: Torre, Juan Carlos (dir.), *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, T. VIII, cap. X, Sudamericana, 2002, p.512.

<sup>ii</sup> A modo de ejemplo, para ilustrar y demostrar que efectivamente las tesis fundamentales del ensayista se reiteran a lo largo de su producción global (en lo que respecta a los ensayos de interpretación nacional), transcribo la siguiente cita que retoma en 1956 sus ideas iniciales: "Cuando una ciudad se convierte en boca que succiona la sangre de toda la nación, no sólo hay que pensar en desmantelarla sino en hacerla volar con dinamita (...) Desmantelar quiere significar asimismo que hay que recomponer al gigante decapitado, poniéndole la cabeza en su sitio, para que girándola abarque todo el horizonte, el pasado y el futuro, el norte y el sur (...) La verdad, no obstante, sí, es que se trata de un miembro enfermo por hipertrofia, que esa hipertrofia es un tumor burocrático y que éste se cura, si no se espera a la necesidad del bisturí, con las brisas del Atlántico." Martínez Estrada, Ezequiel, *Cuadrante del Pampero*. Buenos Aires: Deucalión, 1956<sup>a</sup>, pp. 99 – 100.

<sup>iii</sup> Martínez Estrada configura su propia imagen como portadora del saber de una revelación divina, en pasajes como el siguiente: "Mas si mis ojos hace diez años vieron con claridad, y si son los mismos que me fueron otorgados para observar y amar, y si tuviesen aún luz propia para ver en la sombra, os pediría que me ayudaseis a mirar, en la misma dirección, hacia donde, muy lejos, detrás de los montes y las montañas, detrás de los océanos y los páramos, distingo, sí, que luce una gran luz firme en su fulgor [...] (una luz que es) la angélica promesa de la redención por el espíritu, la afirmación de que el mal está en el tiempo y el bien en la eternidad." Martínez Estrada, Ezequiel, *ibidem*, pp. 80 –1.

<sup>iv</sup> Cfr. Nállim, Jorge, "De los intereses gremiales a la lucha política: la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), 1928-1946". Buenos Aires: *Primas. Revista de Historia Intelectual*, año 7, N° 7, Universidad Nacional de Quilmes, 2003, p. 120.

<sup>v</sup> Me refiero al ensayo de Ezequiel Martínez Estrada: *Leopoldo Lugones, retrato sin retocar*. Buenos Aires: EMECÉ, 1968.

<sup>vi</sup> Jorge Nállim ilustra el ambiente conflictivo de la época y documenta las intervenciones de los intelectuales pertenecientes a la SADE en la vida política nacional. En su periodización, señala la posición de la entidad durante la presidencia de Martínez Estrada, a partir de la asunción del gobierno de Perón: "... la SADE redobló su activismo político en 1945, cuando se unió activamente a las filas antiperonistas. Este activismo se explica por la presencia en la Comisión Directiva de 1944 – 1946 de escritores vinculados a *Sur* y a la izquierda, inequívocamente antiperonistas, y por la participación de miembros activos de la SADE en el semanario *Antinazi*, continuación de *Argentina Libre* fundado en febrero de 1945 y que se transformó en el núcleo de expresión de los sectores políticos e intelectuales antiperonistas y en el motor de la Unión Democrática." Nállim, Jorge, *op. cit.*, p. 134.